

Crítica: «Amor en septiembre», de Rafael C. Bertrán, en el Cómico

HA comenzado la temporada. Un poco pronto, sobre todo si se tiene en cuenta que los empresarios de nuestras salas teatrales persisten en olvidar que la técnica moderna ha encontrado el modo de crear temperaturas soportables. Nuestros teatros están, en ese aspecto, lo mismo que hace cincuenta años, lo que implica su cierre automático al llegar el verano. Pero parece ser que tal abandono no tiene remedio.

Fué el Cómico quien esta vez se adelantó a reabrir sus puertas con el estreno de «Amor en septiembre» por la compañía argentina de Margot Cottens. Inviriamos el orden y empeemos por los intérpretes. Margot Cottens es una actriz fina e inteligente, cuyo talento interpretativo le permite crear, en situaciones vistas innumerables veces, esa impresión de novedad que se logra cuando el actor o la actriz son algo más que máquinas de repetición, y aciertan a trasladar el texto en reacciones que, al menos mientras dura la escena, son sinceras, es decir, personales. Gracias a esto, el autor de la comedia, Rafael C. Bertrán, vio cómo el público se compenetraba con la fábula de la empleada de oficina, que por un azar inicial se ve obligada a compartir su alojamiento durante pocas horas con el anterior inquilino de la vivienda. Apenas hace su entrada en el escenario tal inquilino, se sabe ya que aquello va a terminar en boda, según prescriben las ordenanzas vigentes para este tipo de obras. Pues a pesar de esto y en virtud de una sucesión de aciertos de interpretación, el público se interesa por lo que está sucediendo. Este mérito pertenece a la actriz, y en parte menor, pero también considerable, a su pareja, Hugo Pimentel, actor suelto, seguro y flexible, acaso con un exceso de vitalidad expresiva que a ratos le perjudica.

Jorge Larrea y Leda Zanda hicieron la música de acompañamiento con forma muy plausible, y el público rió muchas escenas y aplaudió al término de los actos y de la obra con gran entusiasmo. El autor salió a saludar y a recoger los testimonios de agrado de los espectadores, que pasaron dos horas alegres.

La obra, como queda apuntado, contiene unos factores originales. Bertrán sabe, sin embargo, lo que se trae entre manos, y mide los tiempos con la suficiente habilidad para que el «vodevil» —puesto que de esto se trata— transcurra con amenidad. El diálogo se encuentra sembrado de expresiones no castellanas —«cucheta», «placard», «llamado», etc.—, lo que no choca en absoluto porque el acento nacional de los actores nos colocó a todos desde el primer momento en el ambiente argentino. Por otra parte, la acción de la obra transcurre en Buenos Aires.

Hay alguna escena de evocación que alcanza cierta calidad literaria (por ejemplo, cuando los dos personajes principales conciertan un programa de diversiones). En general, estamos ante una comedia que puede calificarse en abstracto como «de éxito». Lo que no es poco.

Adolfo PREGO